

CAPÍTULO 17

Sobre la identidad personal en la filosofía de Hume

Sofía Calvente

Este texto está pensado como un apoyo para acompañar la lectura de “De la identidad personal” (Libro I, parte 4, sección 6 del *Tratado de la naturaleza humana*). Presupone que se ha hecho una primera aproximación al texto y va siguiendo su desarrollo parte por parte, buscando explicar su estructura y aclarar cuestiones que puedan resultar confusas o dificultosas. Recomendamos leer previamente el capítulo 16¹⁵⁵.

Acerca de la noción de identidad

El tratamiento que hace Hume de la identidad personal es uno de los más significativos aunque polémicos en la historia de la filosofía. Por esa razón, ha dado lugar a muchas interpretaciones y críticas (Ainslie, 2008, p. 140; Thiel, 2011, p. 383). Inclusive fue objeto de revisión por parte del mismo Hume en el Apéndice al *Tratado de la naturaleza humana* (1740), donde la imposibilidad de conciliar dos de los principios fundamentales de su pensamiento —que las percepciones son distintas, distinguibles y separables, por un lado; y que no podemos conocer cómo se conectan efectivamente para conformar la idea de un yo simple, idéntico y estable, por el otro—, lo llevó a declararse un escéptico en la cuestión, suspendiendo el juicio hasta que apareciera una explicación que le resultase satisfactoria (T App. 10-21)¹⁵⁶. Sin embargo, eso no sucedió porque nunca volvió a tocar el tema en toda su obra. Por lo tanto, se trata de un planteo complejo que no está del todo cerrado y con el que tal vez no se sientan completamente satisfechos luego de haberlo leído. Esto no es necesariamente negativo porque una de las características de la filosofía es dejar abiertas las cuestiones para que continúe el debate al respecto.

Antes de comenzar, haremos algunas aclaraciones terminológicas: Hume usa las palabras yo, [mente](#), *espíritu* y *conciencia* como sinónimos, al igual que Descartes. Lo mismo sucede

¹⁵⁵ Véase el [capítulo 16](#) de este libro.

¹⁵⁶ El método citación de las obras de Hume se aclara en la sección [Referencias](#).

respecto de los términos *yo* e *identidad personal*, los cuales pueden entenderse como equivalentes. Por otra parte, debemos tener en cuenta que aquello sobre lo que Hume investiga en este texto es el origen de cierta *idea* del yo mediante la cual se lo define como una sustancia simple e idéntica a la que las percepciones pertenecen. Pero nunca pone en duda que tenemos un yo o identidad personal, sino que cuestiona qué es lo que entendemos por identidad personal.

Hume explica que la idea general de identidad —es decir, no solo del yo sino de cualquier otra cosa—, habitualmente se entiende como compuesta por dos características: la unidad y la duración. Hume nos dice que contemplar un objeto de manera aislada en un momento determinado no nos brinda la idea de identidad, sino la idea de unidad —que es lo opuesto a la idea de multiplicidad—. Para tener la idea de identidad necesitamos añadirle a esa noción de unidad, la de la continuidad del objeto a lo largo del tiempo, es decir la idea de que ese objeto perdura en la existencia de manera continua e ininterrumpida más allá de que lo percibamos o no. Cuando afirmamos que un objeto es idéntico, entonces queremos decir que es algo que, por un lado, es distinto e independiente de las demás cosas y, por otro, que permanece de manera constante a lo largo del tiempo (T 1.4.2.29-30). Veremos que Hume ofrece varios ejemplos de cómo llegamos a la idea de identidad general a lo largo de la sección “De la identidad personal”. A continuación, vamos a revisar los puntos más importantes de este texto siguiendo el orden en el que Hume los presenta.

La crítica a la noción cartesiana de sustancia pensante

Para explicar qué es lo que entiende por identidad personal, Hume comienza criticando una concepción muy difundida en la época acerca de la identidad, centrada en los atributos de simplicidad —que se vincula con el rasgo de la unidad, es decir de un objeto numéricamente único, indivisible— y continuidad en la existencia o duración que mencionamos recién. El yo se piensa como algo simple que permanece de manera invariable a lo largo del tiempo, con el cual nuestras percepciones se vinculan.

La definición del yo que Hume critica también está en estrecha conexión con la noción de sustancia, porque el yo se concibe como un tipo de sustancia. Al hablar acerca de algunas cuestiones fundamentales de la filosofía de Descartes, señalamos que la sustancia se define como algo que puede existir por sí mismo, que es autónomo¹⁵⁷. Desde este punto de vista, la sustancia es un sujeto en el que inhiere los atributos —en el caso de la sustancia material— o las percepciones —en el caso de la sustancia inmaterial, es decir, la mente—. Como vimos al revisar la postura de Descartes, la sustancia extensa o material sería el sujeto de inhesión de la forma, el peso, el movimiento, el color, etc., mientras que la sustancia pensante, que es inmaterial, sería el sujeto de inhesión de nuestros distintos pensamientos o percepciones (que pueden ser dudas,

¹⁵⁷ Véase el [capítulo 7](#) de este libro.

intelecciones, afirmaciones, voliciones, etc.)¹⁵⁸. ¿Cómo debe entenderse la relación de *inhesión* entre sustancia y atributos o percepciones? La sustancia sería el sujeto que *sostiene* o da apoyo a los atributos o percepciones, sería algo sin lo cual esos atributos o percepciones no podrían existir (T 1.4.5.2-5). El yo concebido como sustancia, entonces, sería algo distinto de las percepciones, algo simple que perdura aunque las percepciones aparezcan y desaparezcan, pero sería imprescindible para que las percepciones pudiesen existir.

Si bien Hume no lo dice abiertamente en el *Tratado*, es posible identificar como uno de los blancos de su crítica a la concepción de sustancia pensante espiritual o inmaterial desarrollada por Descartes.¹⁵⁹ Esa interpretación es plausible porque reconocemos en el texto de Hume ciertos elementos que Descartes menciona en la segunda de las *Meditaciones metafísicas*:

- Conocemos nuestro yo por intuición intelectual, es decir, mediante una captación directa sin necesidad de ofrecer otra evidencia ni de hacer una demostración al respecto, mediante la fórmula *yo pienso, yo existo*.
- La existencia del yo es algo de lo que no podemos dudar. Ni siquiera el genio maligno puede confundirnos al respecto.
- El yo está siempre presente en el conocimiento de cualquier otro objeto. En el argumento de la cera, Descartes dice que mientras conoce la cera o cualquier otro objeto externo, es indudable que él, que está conociendo, existe.¹⁶⁰

Para organizar su crítica a esta definición del yo como sustancia simple y perdurable en la que inhiere nuestras percepciones, Hume apela a dos principios que presentamos en el capítulo 16 de este libro: “Algunas nociones básicas sobre la teoría del conocimiento de Hume”. El primero es el **principio de la copia**: es necesario buscar alguna impresión que haya dado origen a la idea del yo que Hume critica, una impresión que tenga los mismos atributos que esa idea, es decir que sea simple y perdurable para constatar que esa idea del yo es correcta. Pero no hay ninguna impresión que tenga esas características ya que si bien las impresiones pueden ser simples, no pueden ser perdurables porque son efímeras, variables y están en constante fluir. Al observar su mente introspectivamente, no encuentra ningún hecho mental que se corresponda con la idea de sustancia pensante o sujeto de inhesión. Por lo tanto, esa idea del yo como simple y perdurable no se deriva de manera directa o inmediata de ninguna impresión, no tiene fundamento en nada que podamos observar en nuestra mente. Por eso Hume afirma: “no tenemos idea alguna del yo de la manera que aquí se ha explicado.” (T 1.4.6.2).

En segundo lugar, Hume emplea el **principio de separabilidad** para criticar la idea de que el yo es una sustancia en la que las percepciones inhiere. Recordemos que el principio de separabilidad plantea que todas las percepciones “son diferentes, distinguibles y separables entre sí, y pueden ser consideradas por separado y existir por separado: no necesitan de cosa ninguna

¹⁵⁸ Descartes se refiere a los contenidos de la mente como pensamientos y Hume como percepciones, por eso los estamos usando como equivalentes aquí.

¹⁵⁹ Hume hace una referencia explícita a la noción cartesiana de sustancia pensante en el *Resumen* (A 28).

¹⁶⁰ Para un desarrollo más pormenorizado de estos puntos véase el [capítulo 7](#) de este libro.

que las sostenga en su existencia.” (T 1.4.6.3). Esto implica que las percepciones no necesitan de ninguna sustancia ni de ninguna otra cosa para existir, son autónomas y autosuficientes. Por lo tanto, si tomásemos al pie de la letra la definición de sustancia, deberíamos afirmar que cada una de las percepciones es una sustancia. Hume considera que definir a la sustancia como algo que puede existir por sí mismo es demasiado vago y podría aplicarse a cualquier cosa que podamos concebir. Es una definición que no resulta lo suficientemente precisa como para distinguir la sustancia de los accidentes o la mente de las percepciones (T 1.4.5.5). Por otra parte, si las percepciones son autónomas y no necesitan de ningún sujeto en el cual inherir para existir, ¿para qué seguir afirmando la existencia de la sustancia?

Hume confronta la idea del yo que está criticando con la experiencia introspectiva que él tiene al observar su propia mente. Encuentra que siempre hay en su mente alguna percepción y que no puede observar otra cosa que no sea una percepción. Es decir, no percibe esa sustancia simple y perdurable a la que los filósofos se refieren como *yo*. No puede observar un *yo mismo* al margen de las percepciones, como para decir que ese yo existe más allá de las percepciones.

Un manojo de percepciones

Luego de estas críticas a la idea del yo como sustancia simple y perdurable, que tienen como uno de sus blancos directos a Descartes, Hume explica de qué manera entiende él mismo la identidad personal. Para ello se vale de dos imágenes: la de un manojo o colección de percepciones y, casi al final del texto, la de una república. Veremos primero la imagen del manojo de percepciones y dejaremos para más adelante la segunda imagen.

A partir de la observación de su propia mente, Hume dice que el yo puede definirse como un manojo¹⁶¹ o colección de percepciones que están en incesante movimiento. Esto se aplica tanto a las impresiones como a las ideas ya que ambas son extremadamente variables: “no existe un solo poder del alma que permanezca inalterable, siquiera por un momento.” (T 1.4.6.4). Es decir que lo que observa mediante su propia experiencia introspectiva es lo contrario a lo que proponen los filósofos que mencionó al principio: no hay nada en nuestra mente que pueda considerarse como simple y al mismo tiempo inmodificable. Hume muestra así que no existe ningún sujeto al que las percepciones se mantengan unidas. La metáfora o imagen que usa para explicar la concepción del yo que él propone es la de una representación teatral sin escenario en el que las percepciones pasan, vuelven a pasar, se desvanecen y se mezclan en una variedad de posturas y formas diferentes. Por lo tanto, nos muestra que no existe nada que sea simple en un momento dado —sino que hay variación y movimiento constante—, ni nada que pueda permanecer idéntico

¹⁶¹ La traducción al español dice *haz* pero la idea de *manejo* refleja mejor lo que Hume quiere decir, por eso la usamos aquí. La palabra en inglés que usa es *bundle*.

a lo largo de diferentes momentos: no hay un escenario o marco que contenga esas impresiones e ideas. Simplemente se trata de un agregado arbitrario de percepciones.

El origen de la idea del yo simple y continuo

A pesar de las críticas que formula y de que la experiencia introspectiva lo desmiente, Hume que existe en nosotros una “inclinación natural que nos lleva a imaginar esa simplicidad e identidad” como rasgos que definen nuestro yo (T 1.4.6.4). Pero si no hay una impresión de la cual podamos derivar directamente esa idea del yo, ¿de dónde proviene entonces? Hume desdobra esta inquietud en dos: 1) ¿por qué le atribuimos identidad a las percepciones sucesivas?, y 2) ¿por qué creemos que tenemos una existencia simple e invariable a lo largo de toda nuestra vida? A modo de anticipo, podemos decir que la facultad de la imaginación va a desempeñar un papel fundamental en todo el proceso de conformación de la idea del yo como simple y continuo.

La primera pregunta es importante porque en ella podemos encontrar las pistas que nos permiten rastrear el origen de la idea del yo como algo único o simple a pesar de que nuestra experiencia no está compuesta más que por múltiples percepciones variables y discontinuas. Recordemos que Hume dice que la imaginación puede separar y asociar las ideas de la forma que ella quiera, aunque existen tres principios permanentes y universales que le dan cierta regularidad a ese accionar de la imaginación, y que nos conducen con facilidad de una idea a otra cuyo contenido sea semejante, que sea contigua o esté relacionada causalmente con ella.¹⁶² En el caso de la identidad personal, explica Hume, el principio de semejanza nos lleva a tomar ideas sucesivas de objetos relacionados como si fueran una única idea de un mismo objeto a lo largo del tiempo. Es decir que nos lleva a confundir la sucesión con la identidad. Pensemos, por ejemplo, en los fotogramas que componen una película cinematográfica. Cuando vamos al cine, nos sentamos y disfrutamos de la película sin estar pensando a cada momento que se trata de un conjunto de fotos semejantes que se suceden a una velocidad tan rápida que de algún modo hace que se borre la diferencia o el salto de un fotograma a otro. Por más que en cierto momento nos detengamos a reflexionar y nos demos cuenta de que se trata de una sucesión de fotos diferentes, la mayor parte del tiempo seguimos pensando que estamos frente a una acción continua que se extiende a lo largo de cierto período de tiempo (el que dura la película). Si pudiésemos tener el rollo de film cinematográfico en nuestras manos y lo pudiésemos revisar detenidamente, nos daríamos cuenta de que solo se trata de una sucesión de fotos. Algo parecido pasa con la discontinuidad de nuestras percepciones y la asociación que hace la imaginación entre ellas en base a su semejanza: “por mucho que en un instante determinado podamos considerar a la sucesión relacionada como variable o discontinua, estamos seguros de atribuirle en el momento

¹⁶² Véase el [capítulo 16](#) de este libro.

siguiente una identidad perfecta y de considerarla invariable y continua.” (T 1.4.6.6). Hume considera que esto es un prejuicio o un error que tarde o temprano terminamos dando por sentado, al tomar esas percepciones diferentes pero relacionadas como si fueran la misma cosa. Más aún, dice que para justificar ese prejuicio terminamos fingiendo que existe un principio invariable y continuo que conecta entre sí las percepciones. Así llegamos a la idea de un yo, alma o sustancia pensante. Esa idea no está copiada directamente de impresión alguna sino que es una ficción, es decir, una idea que la imaginación produce al pasar fácilmente de una percepción a otra a partir de su semejanza, borrando la diferencia entre ellas.

Para responder a la segunda pregunta, Hume dice que es útil apelar a la comparación entre la identidad interna, psicológica, y la identidad general que es la que le atribuimos a los objetos externos, y nos lleva a afirmar que un objeto es uno y el mismo más allá de los cambios que atraviese. Cuando observamos objetos externos y notamos que existe una relación entre sus partes, solemos considerar que existe un principio que mantiene unidas a esas partes, aunque no podamos observarlo. Ese principio de unión es de carácter ficticio o imaginario porque, en rigor, no podemos percibir nada que nos indique su existencia.

Hume dice que la identidad que le atribuimos a los objetos externos es *imperfecta*. ¿Qué sería entonces una identidad *perfecta*, por contraposición a ella? Sería la de aquellos objetos en los que todas sus partes se mantienen siempre inalteradas, por más que ese objeto cambie de lugar o se mueva. Por lo tanto, si se le agregase o quitase alguna parte, la identidad perfecta se destruiría. Sin embargo, para Hume la identidad que le atribuimos a los objetos externos es imperfecta porque a pesar de observar cambios en ellos seguimos atribuyéndoles identidad. A continuación, ofrece una serie de ejemplos de identidad imperfecta para dar a entender cómo se relaciona con la identidad personal:

- Supongamos que tenemos frente a nosotros una masa de materia conformada de partes contiguas e interconectadas. Si se le agrega o quita una parte muy pequeña, seguimos considerando que se trata de la misma masa de materia en lugar de afirmar que su identidad se destruyó, ya que “raramente pensamos de una forma tan exacta.” (T1.4.6.8). Al tratarse de un cambio tan imperceptible, el paso del pensamiento desde el objeto antes del cambio hacia el objeto después del cambio es tan suave y fácil que casi no nos damos cuenta de que algo se modificó en él. Lo que tiene más peso para seguir afirmando o no su identidad no es tanto el cambio en sí, sino la proporción de ese cambio en relación al conjunto. Si ese cambio es muy notorio como para provocar una interrupción en la percepción o en la cadena de pensamientos, decimos que la identidad se destruyó. Si no, el cambio pasa desapercibido y seguimos sosteniendo que se trata del mismo objeto. Así, Hume dice que “dado que es esa interrupción la que hace que un objeto deje de parecer idéntico, tendrá que ser el curso ininterrumpido del pensamiento el que constituya la identidad imperfecta.” (T 1.4.6.9). Supongamos que tengo un jardín bastante grande y planto en él un par de margaritas. Se trata de un cambio imperceptible en proporción a la totalidad del jardín. Pero si decido arrancar el nogal que está plantado en el medio se trataría de un cambio

notorio, que provocaría una disrupción en mi imagen del jardín y por lo tanto me llevaría a sostener que ya no es el mismo sin el nogal. En otras ocasiones el cambio es importante, pero si se hace de forma gradual tenemos menos propensión a afirmar que la identidad del objeto se destruyó. Al ir pudiendo seguir esos cambios a medida que van sucediendo, la mente siente un pasaje fácil desde la observación de las características que tenía el objeto en cierto momento, a las que adquiere en otro, sin sentir nunca una interrupción en esa secuencia. Siguiendo con el ejemplo, si yo planté margaritas en todos los lados del jardín y las voy reemplazando de a poco por lavandas, podría seguir diciendo que se trata del mismo jardín, aunque al cabo de algunos meses ya no queden rastros de las margaritas.

- También suele suceder que notamos que los cambios son importantes y no graduales en un objeto, pero aun así seguimos atribuyéndole unidad porque pensamos que sus partes están interrelacionadas a partir de un fin común. Hume pone el ejemplo de un barco al que le vamos reemplazando las distintas partes. Aunque al cabo de un tiempo hayamos reemplazado la totalidad de los materiales que lo componen, seguimos sosteniendo que se trata del mismo barco porque mantiene la misma finalidad: eso facilita la transición mental de una imagen del barco a otra, a pesar de que esta imagen sea, en gran medida, diferente debido a los reemplazos de partes que fuimos haciendo.
- Finalmente, Hume dice que si agregamos a ese fin común la idea de que las partes que componen el objeto no solo están interrelacionadas sino que dependen mutuamente las unas de las otras —como sucede en el caso de los seres vivos—, la idea de identidad a pesar de los cambios se fortalece más aún. Así, aunque veamos que un roble pasó de ser una pequeña planta a convertirse en un árbol enorme o que un niño se convirtió en un hombre, “seguimos atribuyéndoles sin embargo identidad”, a pesar de que su forma, tamaño y materia “se han alterado por completo.” (T 1.4.6.12).

Estos ejemplos nos muestran que para que sigamos afirmando que la identidad se mantiene, lo relevante es que no se rompa la continuidad del pensamiento respecto del objeto al que le atribuimos identidad. Es inevitable que el objeto sufra cambios, pero si esos cambios no son repentinos, o al menos si la imaginación no lo siente así, seguiremos sosteniendo que se trata del mismo objeto, porque es posible hacer un pasaje o transición fácil de la idea de un estado o momento del objeto a la idea de otro estado o momento de ese objeto. En cambio, si hay una interrupción en ese pasaje de la imaginación de una idea a otra, tenderemos a pensar que la identidad se destruyó.

Hume dice que la identidad personal puede comprenderse de la misma manera que sucede con los barcos, los animales o las plantas: cuando las partes de un objeto coexisten y están relacionadas entre sí la mente tiende a tratarlo como si fuera algo simple e indivisible, fingiendo que existe un principio de unión entre esas partes. Entonces, por más que solo percibamos una diversidad y sucesión ininterrumpida de percepciones, fingimos que esas percepciones están

unificadas en función de que pertenecen a un mismo yo, entendido como una sustancia simple. Confundimos así lo compuesto con lo simple. Por otra parte, suponemos que esa sucesión de percepciones pertenece a un yo idéntico y continuo, de la misma manera que consideramos que, a pesar del cambio de tamaño y apariencia, un animal sigue siendo el mismo. Confundimos así lo diferente con lo idéntico. Sin embargo, en ningún momento tenemos percepción alguna de esa sustancia simple y continua a la que consideramos *yo*, sino que se trata de una ficción de la imaginación. Esa ficción surge como consecuencia de la transición fácil que hace la imaginación entre la percepción de una situación y otra, entre una parte y otra de los objetos externos o de las actividades de nuestra propia mente.

La identidad personal y los principios de asociación

Haciendo un repaso, hasta ahora Hume ha mostrado que:

- Las percepciones son distintas, distinguibles y separables entre sí. Pueden existir de manera autónoma e independiente de cualquier otra cosa.
- Lo único que observamos por introspección en nuestra mente son percepciones que se suceden en un fluir y movimiento constante. El yo no es algo distinto de las ideas e impresiones, sino que es un compuesto de todas ellas.
- No hay una percepción que permanezca siempre igual a través de la existencia de una persona: la identidad personal no es invariable.
- No es posible que la identidad sea algo que reúna en una sola idea las diferentes percepciones: la identidad personal no es simple.
- A pesar de todo esto, tenemos la idea de un yo que perdura a lo largo del tiempo aunque no invariablemente, porque suponemos que el fluir de percepciones está unido por algún principio que no podemos observar. A eso Hume lo llama *identidad imperfecta*.

Hume se pregunta si existe alguna conexión *real* entre las distintas percepciones que conocemos por introspección —es decir, independiente de la asociación que llevamos a cabo con la imaginación, y eso nos lleve a considerar que tenemos una identidad personal, o si esa atribución de identidad se da solo a partir de una asociación de las ideas de las percepciones en la imaginación. Para responder a esta pregunta, necesitamos recordar lo que vimos en “Algunas nociones básicas sobre la teoría del conocimiento de Hume” respecto de la crítica a la idea de conexión necesaria.

Como explicamos allí, Hume sostiene que la mente nunca puede observar una conexión real entre dos objetos, sean del tipo que sean. Esto se vincula con el carácter escéptico de su filosofía. Solo nos limitamos a asociar ideas en la imaginación de diversas maneras a partir del principio de la costumbre el cual, a partir de la observación de ciertos objetos que se presentan siempre en una secuencia u orden determinado, genera la tendencia a esperar que lo mismo sucederá en el futuro. Como vimos, los tres principios de asociación de ideas que son universales y

permanentes son la semejanza, la contigüidad y la causalidad. La asociación que producen entre las ideas se basa en el hecho de que nos permiten pasar fácilmente de una idea a otra. Para recordar los ejemplos que dimos en el otro capítulo, pasamos fácilmente de la idea de la foto de un amigo, a la idea de ese amigo (semejanza), de la idea del cartel de *Bienvenidos a La Plata* a la idea de mi casa en esa ciudad (contigüidad) y de la idea de humo a la de fuego (causalidad). Ese pasaje o transición fácil que hace la imaginación es lo que produce también la idea de identidad: “nuestra noción de identidad personal proviene íntegramente del curso suave e ininterrumpido del pensamiento, a través de una serie de ideas conectadas entre sí.” (T 1.4.6.16). La clave de la formación de la idea de identidad personal reside en considerar a la sucesión de percepciones como algo continuo, ininterrumpido, porque esa continuidad genera la ilusión de que hay algo estable que perdura a pesar de los cambios.

¿Qué papel juegan los tres principios de asociación en la conformación de la identidad personal? ¿Cuál de ellos le da a la sucesión de percepciones ese carácter ininterrumpido? Hume deja de lado el principio de contigüidad sin dar demasiadas explicaciones, y se centra en los de semejanza y causalidad. El principio de semejanza actúa en la conformación de la idea del yo ayudado por la memoria. Recordemos que la memoria es la otra facultad mental, aparte de la imaginación, en la que aparecen las ideas; es la que conserva su orden y posición originales con fuerza y vivacidad. La memoria nos permite revivir ideas de percepciones pasadas, y así establecer relaciones de semejanza entre esos recuerdos y las percepciones actuales, ayudándonos a construir una cadena ininterrumpida de percepciones a través de la cual la imaginación pasa fácilmente de una a otra. Sin embargo, Hume considera que la memoria es un factor que ayuda pero no es la única fuente de la idea de identidad personal, porque podemos afirmar que conservamos nuestra identidad más allá de lo que nuestra memoria nos permite recordar. Que no podamos acordarnos de lo que hicimos o pensamos el 5 de octubre de 2015 no quiere decir que nuestro “yo actual no sea ya la misma persona que [nuestro] yo en ese tiempo.” (T 1.4.6.20).

Hume considera que la idea o definición más genuina que podemos tener de la identidad personal es la de considerarla como un sistema de percepciones diferentes que están en constante fluir y movimiento unidas entre sí por la relación de causa y efecto. Para explicar cómo incide la relación causal en la conformación del yo, Hume apela nuevamente a una imagen: la de una república o estado, donde sus miembros están unidos por lazos recíprocos de gobierno y subordinación. Por más que unos ciudadanos mueran y nazcan otros, o por más que las leyes varíen, siempre seguirá habiendo lazos de tipo legal que mantengan unidas a las integrantes de la república y perpetúen su existencia en el tiempo. De la misma manera, más allá de que las percepciones sean cambiantes y efímeras, los tipos de vínculos con los que las asociamos seguirán siendo los mismos. Las relaciones causales son lo que nos permite afirmar que existe un yo que perdura a través del tiempo, por más que las ideas e impresiones que lo componen se vayan sucediendo y renovando. La imagen de la república tiene una ventaja respecto de la del manojito de percepciones, y es que permite conservar las características que Hume le otorga a

las percepciones —su constante fluir, su diversidad, su discontinuidad— a la vez que explica cómo se origina la continuidad que le atribuimos a esas percepciones.

Dado que no podemos constatar que exista una conexión real entre las percepciones que conforman el yo y que además esas percepciones sean de naturaleza discontinua y variable, la idea de identidad personal entendida en términos de un principio de unión entre esas percepciones no es más que una ficción que crea la imaginación. Esa ficción, sin embargo, no es un producto caprichoso o arbitrario de la imaginación, sino que es una creencia arraigada en nosotros, que surge a partir de lo que más arriba mencionamos como *inclinación natural*. Lo que Hume está queriendo indicarnos con esa expresión es que resulta en gran medida inevitable que surja en todos los seres humanos la idea de una identidad simple y perdurable, debido a que la imaginación genera la ilusión de continuidad entre percepciones que son en realidad diferentes, cuando puede recorrerlas con facilidad. Si bien eso no se condice estrictamente con los hechos que un observador atento registra en su mente, hemos visto que para Hume raramente pensamos de una forma tan exacta y la mayor parte del tiempo, sino toda nuestra vida, adherimos a la ficción de la identidad personal. Podemos considerar entonces que la ficción de identidad es natural porque, como acabamos de señalar, es universal, inevitable y es fruto de un mecanismo regular de la imaginación: aquel mediante el cual pasa de una idea a otra con facilidad, creando una ilusión de continuidad entre ellas.

Conclusión

La perspectiva de Hume sobre la identidad personal es, junto con su crítica a la causalidad, uno de los aspectos de su filosofía que mayor trascendencia ha tenido. En el caso de la identidad personal, esa trascendencia se debe a lo que en la literatura especializada suele denominarse como la *desustancialización del yo*, que consiste en una actitud radical de rechazo a la existencia de un yo que permanece como algo simple e idéntico a lo largo del tiempo. A diferencia de Descartes, que concibe al yo como una sustancia pensante e inmaterial, Hume considera que la mente no es nada más que sus pensamientos, emociones y experiencias sensoriales. Al reflexionar sobre ellos y sobre sus conjunciones regulares, surge en nosotros la idea de un yo unificado y continuo. Hemos mostrado que Hume considera que esa concepción del yo es una ficción, y hemos analizado de qué manera explica su origen a partir de ciertas operaciones propias de la imaginación, entre las que tiene un rol preponderante la transición fácil entre las percepciones propiciada por la acción de los principios de semejanza y causalidad, que son inherentes a nuestra constitución mental. Este modo de abordar la identidad personal desde una perspectiva empírica antes que metafísica es uno de los legados más importantes que Hume dejó para las investigaciones posteriores acerca del tema. Por otro lado, también ha sido muy influyente en las actuales concepciones narrativas del yo, que entienden la identidad personal como un personaje ficcional que protagoniza una historia construida narrativamente (Inukai, 2019, p. 144).

Referencias

Fuentes primarias

- Hume, D. (1984) [1739-40]. *Tratado de la naturaleza humana* (Trad. F. Duque). Buenos Aires: Hyspamérica. [Citado como T, indicando a continuación el número de volumen, de parte, sección y párrafo].
- Hume, D. (1999) [1740]. *Resumen del Tratado de la naturaleza humana* Edición bilingüe (Trad. J. L. Tasset). Barcelona: Libros de Er. [Citado como A, indicando a continuación el número de párrafo].

Fuentes secundarias

- Ainslie, D. (2008). Hume on Personal Identity. En E. Radcliffe (Ed.), *A Companion to Hume* (pp. 140-156). Oxford: Blackwell Publishing.
- Inukai, Y. (2019). Hume's Self. En A. M. Coventry & A. Sager (Eds.), *The Humean Mind* (pp. 136-147). Nueva York: Routledge.
- Thiel, U. (2011). *The Early Modern Subject. Self-consciousness and identity from Descartes to Hume*. Oxford: Oxford University Press.